



BLANCO ENCALADA.

Sin embargo, en septiembre de 1837, Heredia fue vencido por el ejército de Bolivia, en Humahuaca. La sucesión de batallas continuó y culminó en 1838, con el asesinato del general Alejandro Heredia. Luego de este hecho, las provincias del norte argentina no querían continuar con la guerra. Finalmente, en 1839, Rosas declaró el fin de la guerra. Los territorios de la Puna, en Jujuy, e Iruya, entre otras poblaciones ocupadas, fueron regresados por Bolivia inmediatamente.

Santa Cruz imitó la decisión autoritaria de Bolivia e impuso un orden autárquico en Perú. Así, concibió una serie de legislaciones propias - Código Civil, Código Penal, Reglamento de Comercio y de Aduanas – y, también, volvió a organizar la recaudación de los impuestos, con el objetivo que las retribuciones del Estado se acrecentaran. Al mismo tiempo, redujo los gastos a sólo lo indispensable.

La primera cruzada del ejército chileno contra Santa Cruz fue comandada por Blanco Encalada. No obstante, éste falló y debió someterse a acordar el Tratado de Paucarpata. Nuevamente, se coordinó una segunda expedición, apoyado por un ejército peruano contra el nuevo régimen. Juntos vencieron al Supremo Protector de la Confederación, en enero de 1839.

Esta derrota exigió la disolución de la unión entre Perú y Bolivia, que se hizo efectiva en agosto, por acción del general Gamarra, quien había asumido como primer mandatario de Perú. Además, declaró la unión de las Republicas Sur-Peruana y Nor-Peruana dentro de una misma nación, que se llamaría Nuevo Perú y que, también, sería independiente de Bolivia. En consecuencia de la derrota militar y política, Santa Cruz debió exiliarse hacia Europa, donde falleció tiempo después.

1838 – 1845: GUERRA DE LOS FARRAPOS

GUERRA DE
LOS FARRAPOS.



La provincia de San Pedro de Río Grande se transformó en una preocupación continua del gobierno de Brasil desde 1815. En ese momento, el militar uruguayo, general José Gervasio Artigas comenzó a esparcir sus ideas sobre la libertad, los gobiernos populares y, sobre todo, el federalismo. En ese marco, los habitantes de Río Grande eran muy parecidos a los pobladores rurales de las Provincias Unidas del Río de la Plata, gauchos que compartían formas de vida y cultura similares.



LOS GAUCHOS FUERON LOS QUE MANTUVIERON LA PELEA, ERAN EL ALMA DE LA REVOLUCIÓN. A ELLOS, EN FORMA DESPECTIVA, SE LOS DENOMINÓ FARRAPOS, A CAUSA DE SUS MALTRECHAS VESTIMENTAS.



Tiempo más tarde, en 1835, comenzó en Río Grande la batalla por la separación de los farrapos que persistiría durante diez años. La sublevación estuvo comandada por el caudillo riograndense Bento Gonçalves da Silva. Los gauchos fueron los que mantuvieron la pelea, eran el alma de la revolución. A ellos, en forma despectiva, se los denominó farrapos, a causa de sus maltrechas vestimentas. Mientras tanto, en la ciudad, muy pocos fueron los que persistieron fieles a los políticos brasileños.

Antes del comienzo de la rebelión, los farrapos se habían acercado a orientales y argentinos, debido a que se sentían más cerca de sus costumbres que de las que se practicaban desde Río de Janeiro. Juntos tenían la idea de dividir a Río Grande de Brasil, para luego federarlo con las repúblicas del Plata. En ese orden, Bento Gonçalves se puso en contacto con el general uruguayo Juan Antonio Lavalleja, líder de la expedición militar a la Banda Oriental, denominada "Los Treinta y Tres Orientales", frente a la dominación de Brasil.

Por medio de éste, Gonçalves pudo contactarse con el gobernador de la Provincia de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Exteriores argentinas, brigadier Juan Manuel de Rosas, quien había abandonado el poder en 1834. Sin embargo, su reputación en todo el territorio continuaba intacta. Ante ello, Rosas le dio su apoyo a los riograndenses, del mismo modo que lo hizo el líder del Partido Blanco, Manuel Oribe, cuando accedió a la presidencia de Estado Oriental.

En 1835, comenzó la revuelta, con el objetivo de destituir al presidente de la Provincia y reemplazarlo por el vicepresidente aliado de los farrapos. Mientras tanto, Rosas era nuevamente electo como gobernador bonaerense y, también, Jefe de la Confederación, con plenos poderes. Así, el argentino dio una orden a los mandatarios de Entre Ríos y Corrientes para que auxiliaran a las tropas de Río Grande, advirtiéndoles que, para los intereses de la entidad, era menester que las huestes de Bento Gonçalves obtuvieran la victoria en la guerra.

COMIENZO DE LOS ENFRENTAMIENTOS

Las primeras batallas no fueron victoriosas para los revolucionarios, incluso los enemigos pudieron quedarse con Porto Alegre, territorio que se encontraba bajo el mando de los farrapos desde el comienzo de la pelea. En 1836, las fuerzas imperiales apresaron a Gonçalves, por lo que el ejército de los farrapos había quedado acéfalo.

Sin embargo, el Imperio del Brasil no actuaba en soledad en esta contienda, ya que se le habían adherido las tropas del Partido Colorado, encabezadas por su líder, el general uruguayo Fructuoso Rivera y, también, los emigrados partidarios del unitarismo de Argentina, como por ejemplo el general Juan Lavalle.



MAPA DEL PRIMER ATAQUE FARRAPO A PORTO ALEGRE.

Por su parte, el general Bento Ribeiro había ideado un plan para que Rivera ocupara nuevamente el mando de la República Oriental para que desde allí pudiera asistir a los unitarios para que destituyeran a Rosas. No obstante, en 1837, se produce un cambio radical, a raíz de una confrontación entre Ribeiro y los representantes militares del Imperio. Por ello, Ribeiro, Rivera y Lavalle se convierten en farrapos, prometiendo fidelidad al Río Grande Independiente.

Para agravar la situación del Imperio, Gonçalves logró fugarse del sitio donde se encontraba apresado, el Fuerte do Mar de Bahía. Desde allí, se trasladó a Río Grande para colocarse como gobernador de la República Riograndense. Asimismo, el marinero italiano José Garibaldi, quien anteriormente se había puesto en contacto con Gonçalves, arribó al territorio brasileño. Inmediatamente, Garibaldi se hizo partidario de la causa de los farrapos, en la que adoptó una bandera independiente.

En 1839, la causa se afianza cada vez más, por un lado, de la mano de la flota que lideraba Garibaldi y, por tierra, gracias al ejército encabezado por el comandante farrapo David Canabarro. En ese entonces, las huestes de Canabarro tomaron la provincia de Santa Catalina, que independizaron del Imperio. Este territorio fue denominado República Juliana.

La intromisión de Ribeiro generó un cambio en el pensamiento de los farrapos para con la Confederación Argentina y el Estado Oriental. Así, los riograndenses fueron persuadidos que era más conveniente unirse a Rivera y Lavalle que a Rosas y Oribe. Este acuerdo fue ratificado en un tratado entre las partes involucradas. Acto seguido, se conformaría la “Federación del Uruguay”. Esta aglomeración los territorios de Río Grande, el Estado Oriental, las provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes y Misiones. Además, los farrapos obtendrían la hegemonía en el terreno, por medio de la aceptación de Rivera y Lavalle.

En tanto, la inclusión de Rivera en el levantamiento contó con la ayuda de Francia, nación que, desde 1837, se encontraba en conflicto con el régimen de Rosas. Asimismo, Rivera había logrado vencer a Oribe, por lo que ratificó la supremacía de su partido en el Estado Oriental. A su vez, su poder se había consolidado por el apoyo que los colorados habían conseguido por parte de los unitarios, farrapos y los franceses, a cambio de cuantiosas concesiones. Por su parte, en 1839, Rivera le declaró la guerra a Rosas.

Luego de su fervor en 1839, la sublevación de Río Grande empezó a deteriorarse, La República Juliana duraría sólo cuatro meses, ya que los terrenos serían finalmente recuperados por los imperiales. En 1840, Bento Ribeiro decidió dejar a los farrapos, debido a que creía que no se le había otorgado el lugar que merecía. No obstante, juró no aliarse a los imperiales.

Ante ello, éstos últimos, al ver a Rivera establecido en el gobierno oriental, lo presionaron para que cumpliera con las promesas efectuadas y, además, que devolviese los favores que había recibido para poder llegar a ser mandatario. Sin embargo, Rivera logró persuadirlos que la liberación de la República independiente vendría luego de la caída de Rosas. Así, los farrapos volvieron a quedar bajo el mando del funcionario.

LA INTROMISIÓN DE RIBEIRO
GENERÓ UN CAMBIO EN
EL PENSAMIENTO DE LOS
FARRAPOS. ASÍ, FUERON
PERSUADIDOS QUE ERA MÁS
CONVENIENTE UNIRSE A RIVERA
Y LAVALLE QUE A ROSAS Y ORIBE.

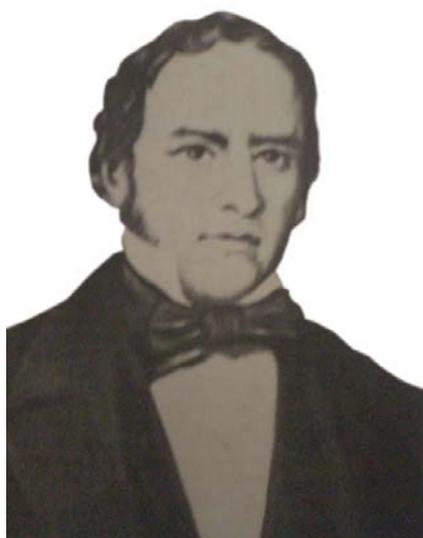


En contraposición, los franceses se separaron de Rivera, cansados de gastar dinero y no obtener ningún rédito militar. Además, ese mismo año, Francia acordó la paz con Argentina. Gonçalves, a su vez, también comenzó a sospechar de las acciones que emprendía Rivera. No soportaba más el palabrerío y, por ello, el riograndense le exigió que las promesas se materializaran en hechos.

Mientras tanto, Rivera decidió engañar a los franceses, a fin de quitarles dinero. Para ello, el uruguayo organizó una reunión con los gobernadores de las provincias aliadas. Sin embargo, como los mandatarios no asistieron, Rivera los reemplazó por otras personas y, de esa manera, los presentó ante los franceses como los funcionarios invitados.

EL FIN DEL CONFLICTO

Luego del comité de Paysandú, surgió un acuerdo entre Gonçalves, Rivera y el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, con el general unitario José María Paz y el gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, para aliarse contra Rosas. No obstante, tanto el general Paz como Gonçalves decidieron no firmarlo, prefiriendo mantenerse a un costado de la pelea para no sufrir represalias por parte de Brasil.



(ARRIBA) PEDRO FERRÉ,
GOBERNADOR DE CORRIENTES.
(DERECHA) CONFLICTO EN
ARROYO SECO.



Al mismo tiempo, las huestes de Rivera fueron vencidas por las de Oribe en Arroyo Seco, Entre Ríos. Estos acontecimientos llevaron al gabinete imperial a hacer un giro en su política para recobrar el Estado Oriental, teniendo que ceder el territorio de Río Grande.

En Río de Janeiro, se le ofreció al ministro argentino Tomás Guido una alianza para culminar con las hostilidades entre Rosas y Brasil. La acción principal sería ejercida contra Rivera y los farrapos, pero sin olvidarse de la importancia que poseían tanto Brasil en Río Grande como Argentina en el Estado Oriental.

Sin meditarlo demasiado, Guido aceptó la propuesta pensándola como una consolidación de los intereses políticos rosistas. Por su lado, los imperiales garantizaron la exclusión de Brasil a Fructuoso Rivera, entre otros líderes enemigos del rosismo. Dispuestos a firmarlo lo antes posible, Guido se lo envió a Rosas para que le diera su aprobación. No obstante, el caudillo argentino se negó a aceptarlo.

Rosas sabía que si colocaba un gobierno aliado en Montevideo, por más que fuera de la mano de Brasil, despertaría el espíritu uruguayo de independencia que se encontraba latente. Por este motivo, los orientales se volcarían contra él y la Confederación. Además le quedaría a Rivera el estandarte de la defensa de la nación. De esta forma, los mandatarios de Brasil entendieron quién era verdaderamente Rosas y lo peligrosa que resultaba su política para ellos. Desde ese momento, todas las políticas propuestas por los imperiales tenían como objetivo principal la caída de Rosas.



(ARRIBA) LUIS DE LIMA É SILVA.
(DERECHA). EJÉRCITO ROSISTA.



Por su parte, los farrapos más antiguos seguían apoyando a la Confederación, aunque el gobierno de Gonçalves siguiera siendo complaciente con Rivera. En 1842, Antonio Paula de Fontoura fue nombrado ministro de Hacienda de la república. No obstante, en diciembre, decidió declinar a su cargo cuando se anotició del motivo del viaje del presidente hacia Paysandú. Luego de llamar mulato a José Mariano de Mattos, ya que lo creía responsable de la propagación de la política contra Rosas, se encontró a Fontoura asesinado en las calles de la capital de la república, Alegrete.

El homicidio culminó con toda la tenacidad que le ponían los farrapos a la revolución. Este hecho fue agravado cuando Bento Ribeiro rompió su promesa de neutralidad y, por ende, aceptó la propuesta del jefe de las fuerzas imperiales contra los revolucionarios, Luis de Lima é Silva. Así, Ribeiro se incorporó a las fuerzas del Brasil.

Como consecuencia de esta acción, los farrapos se desesperaron y comenzaron a perder batallas. En 1843, fueron derrotados en Cima da Sena y, a los pocos meses, en Poncho Verde. En agosto, Gonçalves fue obligado a abandonar su cargo como presidente, por ser acusado como responsable del asesinato de Fontoura. Canabarro pasó a asumir el poder militar de la Nación.

Para culminar con los enfrentamientos, el duque de Caxias reclamó la paz. A manera de condición, Caxais resolvió que no habría ganadores ni perdedores si los revolucionarios aceptaban la autoridad del emperador y obedecían las órdenes de los agentes imperiales. También, acordaron que no se hostigaría ni apresaría a ningún rebelde por las revueltas realizadas en el período de guerra. Sino que, por el contrario, serían incluidos en la guardia nacional, en el ejército y en los cargos públicos.

El Congreso de Río Grande aprobó las cláusulas que, luego, el comisionado llevó hasta Río de Janeiro para revalidarlas en el gabinete. Al mismo tiempo, las instrucciones militares culminaron, dejando a los farrapos con dominio del interior y los caramurus de la costa, marcando el fin de la guerra.

1839 – 1842: PRIMERA GUERRA DEL OPIO

El opio es una droga analgésica narcótica que se extirpa de las cabezas verdes de la adormidera - Planta herbácea -. A lo largo de la historia, el opio fue utilizado como medicina universal por romanos, sarracenos, griegos, árabes, persas, entre otros pueblos. Sin embargo, esta droga no sólo se empleó como medicina, sino que también era concebida como una herramienta para consumir suicidios.

Oriente y Occidente realizaban intercambios culturales. El opio se cultivaba en Asia y en la India desde el siglo VIII. No obstante, cuando el sedante llegó a China dejó de ser un hábito frecuente para reemplazarse por una adicción que perjudicó seriamente a sus consumidores.



LA PRIMERA GUERRA DEL OPIO FUE UN CONFLICTO ARMADO LIBRADO ENTRE EL REINO UNIDO DE GRAN BRETAÑA E IRLANDA Y CHINA ENTRE 1839 Y 1842, POR DIFERENCIAS EN CUANTO AL COMERCIO CON OPIO EN LA CHINA CONTINENTAL.

